

Sady Zañartu

## Buque de mar sin agua



**D**ESDE Jazpampa pude darme cuenta de que Mr. Boleter vivía alucinado. No era el whisky el que lo sacaba de la realidad sino una especie de embrujo que provenía de la pampa que nos rodeaba.

Invitado para conocer la antigua pampa de salitre me quedé unos días más por la insistencia de Mr. Boleter. Era el administrador de la oficina explotadora, y en medio de esa sociedad de hombres solos ejercía un poder sugestionante y simpático. Yo mismo me sentía predispuesto a prolongar la estadía entre ellos. Había algo flotante en la atmósfera que era lo que daba a Jazpampa su atracción en el desierto tarapaqueño. Se me presentaba Mr. Boleter como un capitán que daba órdenes lo mismo que a bordo de un barco. Y es que en sus palabras estaba el marino antes que el administrador.

—Yo muy contento aquí—decía, sin aflojar la cachimba de los labios. Yo sentirme en el comando de

un buque arriba de los cachuchos. Yo ser mareante viejo. ¡A mí no tirarme los coletazos por la borda!

Se refería a una posible huelga y a la demanda de los pliegos.

Y agregaba:

—¡Y yo conocer mucho mundo con esta pata de gringol!

Se golpeaba los talones con su mano regordeta.

—A mí no ganarme con imposiciones. Mi ser el roto más roto y el gentleman más gentleman. Yo he aprendido a vivir y también a defenderme. Ser inglés hasta reventar y ser hombre. ¿Me explico? ¡Hombre! Ganadero en Magallanes; cauchero en el Beni; lavador de oro en Azuay; exportador de yerba mate en Curityba, y ahora... aquí me tiene... en Tarapacá... manejando el buque Jazpampa. Ya no salir nunca más de este desierto aunque «my dear wife» lo aborrezca y tengamos que dividir la vida conyugal entre Iquique y la Oficina.

Yo decirle en secreto que me enterrarán en Tiliviche (1)... Que mi cadáver estará hecho momia con los nitratos cuando en el año 2000 se hagan excavaciones en los ripios.

Echaba Mr. Boleter grandes bocanadas de humo y me miraba sonriendo, con sus ojillos azules. Su cara pecosa estaba llena de manchitas blancas entre los poros sanguíneos, y la nariz, carnosa y rosada, contri-

---

(1) *Tiliviche*: cementerio de los ingleses en Tarapacá.

buía a acentuar su aire jocundo. Era de baja estatura. Vestía traje de montar y se cubría con un cucalón blanco. Trataba que su cuerpo no saliera de línea ajustándose la barriga con un grueso cinturón.

Se mostraba Mr. Boleter sin el estiramiento ni la distancia que conservan otros jefes extranjeros con los nacionales. Me daba una impresión original de «gringo achilenado» por su amor a lo criollo, y entre nosotros se establecía un acercamiento inesperado. Sabía del idioma lo suficiente para hacerse comprender, y usaba expresiones de jerga pampina cuando explicaba el proceso de la elaboración. Decía «morder el polvo» por cualquier motivo que le disgustara y le «salió chingado» por el tiro fallido; y tantos otros términos.

Durante la comida, el primer día de mi llegada, un incidente me reveló muy de cerca su contacto con el ambiente chileno. Un ingeniero yankee del ferrocarril, que comía con nosotros, conversaba en inglés con el contador. Mr. Boleter dió de repente un fuerte golpe con el puño en la mesa, que hizo saltar los cubiertos.

—¡No hable inglés!, prorrumpió. Y designándome agregó: el señor es chileno, y sólo habla castellano.

—Pero él no lo comprende—replicó el contador.

—Bueno, pues, se embroma.

Y volviéndose a mí, dijo:

—Estos gringos brutos pasan veinte años en Chile y no quieren aprender el idioma del país. ¿Y sabe



cuál es su obligación? Tratar con maquinistas y fogoneros. ¡Así andas esos servicios!

Sin embargo Mr. Boleter tenía momentos de indiferencia hacia toda preocupación social y administrativa. Era cuando lo tomaba el mundo suprasensible del desierto. Sus alucinaciones se producían en el terreno mismo, en las labores de inspección o al salir a recorrer a caballo la pampa para calcular con el químico las leyes del caliche en los diferentes mantos. La tierra reverberaba bajo el sol de febrero remedando murallas caídas, bloques tumbados, cimientos vueltos hacia arriba como si un terremoto espantoso hubiera convertido en ruinas un extenso pueblo. Poco a poco los ojillos azules de Mr. Boleter se quedaban estáticos viendo transformarse aquella tierra en un espejo encima del cual flotaban aguas y montañas como suspendidas en el aire y reflejaban otras imágenes de sí misma, invertidas, reproduciendo en el espacio lejano dobles visiones que la refracción y los efectos de luz se encargaban de transformar en infinitos juegos de magia. El espejismo le producía el mismo resultado del whisky como si éste volviera a fermentar en su cerebro con misteriosos residuos de alcohol.

Mr. Boleter, desde su caballo, se entregaba a reconocer esos fantasmas y a llamarlos con sus nombres. Tenía la virtud de ver las arboladuras de los traseúntes del océano. Por la chimenea sabía cuando el barco pertenecía a la letra O de la Pacific Steam; distinguía un velero australiano de un dinamarqués por

la forma del casco y calculaba las millas de navegación por la marcha que llevaban. En el espejo lejano, hasta los mares le daban su latitud por el color de los tintes del cielo, los plomizos del trópico y los azules del autro.

Salían de su boca expresiones marineras.

Los peones cercanos decían:

—Ya está «difariando» el patrón.

Y en efecto, durante esos segundos, Mr. Boleter parecía tener una escotilla mágica por la cual salía en la hora tórrida a refrescar su inquietud viajera. Cuando la visión óptica se fugaba del marco de la retina y volvía a aparecer la sabana amarillosa del caliche, resquebrajándose, como otro mar que se agota y seca, su rostro perdía la tensión muscular para trocarse en un montón blando y resbaloso, de formas vulgares.

Deshecho de sudor y de fatiga caminaba hasta su «home» a buscar el aceite vital que le haría continuar navegando en el buque «Jazpampa». Llamaba ese trago de whisky «hacer la aguada» como a bordo la provisión de agua dulce. Lo tomaba solo en su camarote y lo hacía en minutos de escapada de «la máquina» o de la oficina. Evitaba que los empleados se dieran cuenta de su ausencia, aunque todos se decían para sí: «Mister Bolter anda en la aguada».

Esta sensación náutica iba al fin a contagiarme. En los paseos por los corredores de la administración me entregaba a contemplar el panorama de la pampa como si me hallase en el pasillo de un vapor. Era la hora

en que se levantaba un viento fuerte y en el horizonte titilaban algunas islitas cónicas que formaban en torno pequeñas barras de sal. Se elevaba sobre la lámina, de tarde en tarde, el torbellino negro de un tiro de dinamita. Era el tiburón de aquella tierra poseída. Entre el humo de polvo se agitaba un mundo de hombres que moría por devolver a otro mundo el rejuvenecer de la vida con las secreciones de un océano petrificado. Parecían náufragos que bregaban por no ahogarse en los rajos que ellos mismos abrían. Salían de su seno para treparse en los muelles de ripios y embarcarse de nuevo entre poleas y ejes de la máquina elaboradora; los que quedaban en el fondo de aquel mar aparecían con sus máscaras amarillas, desgastados y corroídos por el yodo.

Hermosa era la alta chimenea que tenía al frente, en la otra banda del corredor; por sus escalerillas pasaban de un puente a otro «los tiznados»; las bateas blancas con el líquido cristalizado semejaban botes entoldados de lona, y cerca, sobre la cancha, el salitre del beneficio caía en montañas de espuma.

Sólo ahora comprendía la alucinación de alta plamear de Mr. Boleter. Yo estaba también entregado a su sugestión verdadera o engañosa, pero que me proporcionaba una inquietud que se traducía en un deseo intenso de viajar.

En el aire salinoso la sabana había vuelto a suspender mirajes verdes que luego se deshacían en la crudeza de la luz, filtrada toda entera en el suelo como



si la necesitase para las evoluciones de la materia que en la entraña se anidan y transforman perpetuamente.

Sentía que unas tenazas invisibles me cogían entre la evidencia y la ficción de su mar. Estaba mortificado por los agrios efluvios de los silicatos de boro, de albúmina y potasio, que saturaban la atmósfera y que provenían acaso de un fondo solidificado de algas y conchas marinas. Su fuerza acumulaba los deseos, unos sobre otros, y producía el desequilibrio en los nervios. Para eso no había más que un gran calmante. Mr. Boleter, después del trabajo, bebía whisky hasta el amanecer.

En la noche la casa del administrador era un club de hombres cosmopolitas que habían descubierto que la belleza y la naturaleza humana son universales. El aislamiento les hacía recordar a los seres amados con ternuras parecidas. Formaban nuestro círculo dos chilenos, dos ingleses, un alemán, un dinamarqués. Todos conversaban con el perfecto conocimiento de hallarse lejos de las rutas frecuentadas por la navegación, en un mar sin orillas, y sin otro espectáculo que el azul profundo de las almas. No tenían prisa de llegar a puerto. Olvidados de la nacionalidad se contaban sus penas. Por otra parte ¿qué importancia tenía el puerto donde se embarcaron por primera vez? Desde entonces habían entrado en tantos puertos y salido de tantos otros!

Y luego cuando la conversación versaba sobre la

diferencia de costumbres entre Europa y Sud-América, todo parecía fútil. ¿Qué se ganaba con establecer que las hermanas de Cristiensen fuesen rubias y las nuestras morenas? ¿Qué aquellas no pudiesen salir solas a la calle mientras las chilenas recorrían el territorio a su antojo? ¿Qué significaba que el danés tuviese la quietud del norte de Europa y yo la vivaz y soñadora mentalidad meridional? ¿Qué el jefe del bienestar fuese esbelto y rubio y el jefe de pampa corpulento y moreno? Al fin comprendíamos que todos los hombres del mundo son miembros de una sola familia. Ninguno tenía cara de extranjero sino de ser humano. ¡Cosa extraña! ¿A qué obedecía tal sentimiento? ¿A la soledad? ¿Al mar sin agua? Con frecuencia he conocido extranjeros en barcos de pasaje, en sus países y en el mío, que siempre han continuado para mí «extranjeros»...

Y ahora...

¿Eran los ojos de Mr. Boleter los que producían esta alucinación? ¿Esos ojos de capitán que en la pampa miraban como si vieses más allá del horizonte? ¿Su sonrisa? ¿Su firmeza? ¿O la curiosa mezcla de palabras inglesas y chilenas? El whisky nunca le hacía perder la cabeza, y siempre me aconsejaba en esas reuniones como un padre a su hijo.

—Usted disculpará que esté borracho... pero no se asuste usted. Yo siempre le digo a mis amigos: no se emborrachen en chileno... emborráchense en inglés...



Su humor producía calor humano. Una noche nos dió una prueba de su alma de vigía.

El danés Cristiensen expresó su inquietud por no saber nada del barco velero que lo trajo de la China hacía un año, y en el que esperaba regresar a su patria ganándose el pasaje por la amistad que le ligaba a su capitán. Tenía temores de que algún monzón lo hubiese devorado en los mares de Asia.

—¿Un velero?—le interrumpió Mr. Boleter.

—Sí.

—¿Pintado de negro?

—Sí. ¿Lo conoce?

—Solamente hoy en la mañana.

Sin responder cruzamos nuestras miradas.

—¡Está por arribar!—agregó.

Cristiensen dudoso, interrogó:

—¿Cómo lo sabe Mr. Boleter?

—En la pampa... a las diez... a la vista de tierra. Tenía mar atravesada. Capeaba un temporal. Yo pensé: ¡más días, más libras!

El danés soltó una carcajada. Don Poli me dijo por lo bajo:

—Este se ríe porque no sabe. ¡Cuántas veces he visto yo cosas que sucedían a miles de leguas y que después comprobé por los diarios! ¡Si le dijera yo que he contemplado en el cielo la erupción de un volcán que debió reventar a lo lejos, en el mar!

Mr. Boleter aseveró:

—Yo no mentir. Yo digo la verdad. Mientras estoy a flote no abandono los fogones.

—¿Está seguro que viene?—insistió Cristiensen.

—Algunos días más... una semana...

La visión captada al espejo mágico de la luz por Mr. Boleter nunca se presentaba en la misma densidad de refracción, aunque siempre el miraje ponía en los pampinos, por compensación, cuando menos lo esperaban, una ventana hacia el mundo.

—¡Qué curioso!—exclamó el alemán Eckolf. ¿Así es que la pampita es un mar al revés?

—No... es un lecho de mar afirmé, recordando su formación geológica. Un mar seco del que se extrae cada día, a tiro de dinamita, no sólo caliche sino conchillas y algas marinas, troncos fósiles de tamarugos y algarrobos. Siempre se tienen noticias de hallazgos de cementerios indígenas, de cuerpos humanos momificados por las sales. El espejismo no es a veces la mayor sugestión del desierto tarapaqueño. Bajo los mantos de la tierra este mar sin agua, día a día, arroja despojos de naufragios remotos.

—Nunca me sorprendería nada de la pampa—apoyó Mr. Boleter.

A sus palabras respondió un silencio. Soñábamos como todo lo que se sueña en la pampa: sin voz que ponga sensibilidad en las cosas.

Hacia afuera las ventanas se iluminaron como un fanal de proa.

Había corrido la persiana para escudriñar la noche.

El administrador con sus ojillos brillantes, agregó:  
—¿No seremos nosotros un espejismo?

Cristiensen terminó por confesar que había entrevisto en el horizonte aguas contenidas como en una costa, pero sin darle crédito a la visión. El sentido de soledad lo hizo más comunicativo. Habló de su familia que tenía en Dinamarca, y de un hermano agricultor, a quien había llevado como obsequio un tractor desde Estados Unidos, en el otro viaje del velero.

—Ahora si llega el «Margarita» podría llevarme algunos saquitos de salitre de Jazpampa.

—¡Puede llevarse todo el que quiera, mi amigo Christiensen! No le cobraré ni un chelín. Será una sobregratificación—exclamó Mr. Boleter.

—¡Oh, es usted muy generoso!—contestó. Y se puso a pensar en el porvenir.

Explicó sus proyectos:

—Me quedaré a vivir un tiempo con mi hermano, lo suficiente de una cosecha con sal de esta pampa, y pensaré mucho en ustedes, y quizás en un posible retorno. ¿Saben por qué? A mí no me gusta el campo. ¿Cómo permanecer en el mismo sitio teniendo el mundo entero a mi disposición? Yo no sé porqué aquí he permanecido más tiempo. ¿Será eso que lo Mr. Boleter siente? ¿Es como el mar que hay en la pampa?

Yo me quedé pensando en la pregunta que Christiensen se hizo con tanta naturalidad. También era una circunstancia casual la que nos reunía allí, pues la soledad junta a veces a los hombres de latitudes más



diversas, demostrando que las diferencias entre hermanos suelen ser incomprensibles y grandes, pero que su afecto es siempre fraternal, a pesar de la disparidad de temperamentos.

Un llamado telefónico nos sacudió como golpe eléctrico. Llamaban desde Iquique. Era una voz de mujer que hablaba del otro mundo y nos despertaba a la realidad. Mister Boleter se entregó a un rápido diálogo. Sus ojillos azules fulminaban el fono. Todo su cuerpo vibraba, resollaba, trepidaba, como un motor gastado y en marcha. Sólo después de algunos minutos nos comunicó que su mujer subiría el sábado a la oficina. Estaba alicaído por algo importuno y terrible que detuviera el barco en plena navegación.

Tomó un trago largo y exclamó:

—¡Estoy quemando mis propios huesos para hacer presión!

¿Qué querría decir? ¿Por qué mister Boleter se contrariaba tanto con el arribo de su esposa? Inquirí en los ojos de mis compañeros una explicación y me sorprendió la felicidad que irradiaban. No hacían misterio.

Se me acercó don Poli y me explicó:

—Es que ella no le deja mucho tiempo para hacer «su aguada»... y, naturalmente, no navega en tan buena estiva como ahora...

Christiensen, como jefe del bienestar, determinó:

—Mañana haré pasar el rodillo a la cancha de tennis y encerar el parket del hall para el dancing...

El contador Fish suspiró de soslayo:

—Al fin tendremos una mesita de pocker en las noches... ¿Saben que han llegado las señoritas Nicholls a la San Antonio? Las invitaremos.

Y el alemán Eckolf, que no había vuelto a despegar los labios hojeando un número de «Punch», levantó su cara orejuda, exclamando:

—¡Yo afinó el piano!

Navegante, como nosotros de aquel mar salitroso, era un náufrago de la Gran Guerra que sintió la necesidad de comunicarse con el océano para curar sus nervios enfermos, y por una de esas paradojas de la vida, vino a anclar en el mar sin agua de la pampa. Los relatos que hacía del Año 14 habían llegado a fijarse tanto en su cerebro que se reducían a breves imágenes que encerraban toda una acción.

—¿Ve esa luz?— me decía, señalando un punto cualquiera del espacio.—¡Allí!

Suponía el parpadeo de los fuegos de un lejano campamento.

—Se enciende... se apaga... Arriba... ¡Torre de una iglesia! Yo tengo mi fusil. Yo estar en la trinchera. Yo apuntar... ¡pif!... ¡paf!...

Había un desahogo en su corazón. Levantaba la cabeza y olvidaba la posición del arma para expresar:

—¡Es la guerra! ¡Qué quiere usted! ¡La luz no brillar más!

Siempre hablaba en forma entrecortada o monosilábica para explicar sus visiones. Podía confundirse

con un alma en pena del desierto. Era un vagabundo. Rara vez lo veíamos, porque en las noches le gustaba deambular solo, atraído por las detonaciones de la tierra, burlando a los serenos encargados de vigilar en esas horas la salida de los empleados hacia el campamento. Al fin se le dejó transitar libremente.

Esa noche estuvo más locuaz y participó subrepticiamente en el complot contra Mr. Boleter. Era el misterioso poder que desde el puerto ejercía Mrs. Maylie sobre aquellos hombres solos. No había duda de que se aproximaban a tierra después de tantos días de altamar. La civilización volvía a tocarles con el ala voluptuosa de una mujer y comenzaban a vivir una nueva vida bajo la sugestión hechizante. Todos evocaban a la bella esposa con la seducción de una sonrisa criolla y el encanto de sus inmensos ojos. La veían deslizándose por el gran hall al compás de los fox-trots interminables. El aire olía a tabaco rubio y a extractos de perfumes; los bocinazos de los automóviles anunciaban nuevos visitantes. Los hombres perdían esa unión de almas en zozobra, que antes tenían, y se distanciaban bajo su influjo.

Me acerqué a Mr. Boleter con deseos de abrazarle y reconfortarle. Ahora lo comprendía. Pero no me hizo caso: bebía lleno de dignidad.

—¿Qué tal el «Queen Mary»? ¿O prefieres el «Anticuary»? Yo estar muy contento—me dijo. Yo ver pronto a «my dear wife»... usted conocerla... pero el buque no navegar más...



Y volvía a colocar en mi copa una nueva porción para probar acaso como el «muestrero», con la mecha ardiendo, si mi naturaleza era también rica de nitratos.

Al fin nos dejaron solos sobre aquel gran barco. Uno a uno se fueron los empleados. La noche, cargada de electricidad, ponía loca la aguja náutica del corazón. Pensé que el momento era propicio para escudriñar el alma de Mr. Boleter.

Salimos al corredor.

Subía de la pampa la sombra anegadora sin alcanzar el cielo. Después de un rato podían verse en la tierra los reflejos estelares que, como en el mar, mantenían una irradiación de tenue claridad.

Una farola, de luz verde con destellos blancos, brillaba a través de la cancha. Era el campamento de obreros.

Mr. Boleter me tomó del brazo y me dijo:

—¡El gran mundo no sabe de estas cosas!

Se refería a la sociedad en que actuaba su mujer.

Agregó:

—¡La soledad se ha hecho para los Robinson Cruzoe!

Asentí.

Hoy es la última noche en alta mar—continuó. Mañana estaremos en puerto... con pocker... con dancing... con muchos amigos... pero sin movernos... bien agachados a la boya... y con un ancla como una cruz... Yo me lo explico... ¿Entiende? ¡La sociedad! ¡Qué cosa más estúpida! ¡Hum! ¡Hum!

Nos salió en el camino la sombra de un sereno que, al reconocernos, nos dejó pasar. Estábamos en el campamento obrero, donde las hileras de casas tiraban sus canalones, iluminados por el disco amarillento de las lámparas.

En la borrachera sus ojillos fosforecían, y lleno de risa, exclamó:

—No necesitamos mirar por la escotilla: el olfato denuncia la estiva. ¡Y con estos rotos fieros el gringo Boleter lleva el buque Jazpampa! Sin ellos a la m...!

Poco a poco nos fuimos entrando en la huella hasta perdernos en la planicie. Silbaba un viento frío que ahuyentaba los vapores del whisky. Todo era invisible. Sentíamos en los pies las costras salinas al introducirlos en las grietas de donde se escapaban ruidos, secos y rápidos, como detonaciones de fusilería, que se sucedían a intervalos regulares. Su intensidad disminuía a medida que el frío restablecía la uniformidad de la temperatura. Esa actividad interna bastaba para presumir que nada había inútil ni perdido en las obras de la creación por más que tuviera una apariencia de naturaleza muerta.

Nada veíamos y todo era tropiezo. Nos habíamos cogido del brazo. Los fantasmas de la obscuridad salían a encontrarnos, con aspectos de murallas y torres. La noche y la muerte nunca se habían ensamblado en un marco más negro, más hecho de anonadamientos y desesperanzas. ¡Si hasta el firmamento se alejaba cada vez más! Descendíamos hacia el fondo del mar sin

agua, tragados por la tempestad del espíritu. En la lenta inmersión por las diferentes capas geológicas no se veían otras florescencias que la de los terrones salíferos, como ojos de grandes cetáceos muertos que pasaban en la luz difusa de marisma arrastrando oleadas de conchas. Los náufragos de aquel mar se apiñaban en los cementerios como bancos de moluscos. Eran cuerpos horizontales, momificados, con la cabeza vuelta hacia el oriente: unos aparecían envueltos en sogas de totora, tejidas en mayas como las redes pescadoras; otros estaban cosidos en pieles de focas y cueros de lobos. Sólo vi uno, libre de su prisión, flotar en las masas solidificadas. Tenía los brazos cruzados sobre el sexo. Sus ojos fosforecían como agua de mar y de su cuerpo salía el nácar de las conchas.

—Es ella—pensaba ¡El alma de la pampa, la que hechiza a todos los viajeros del mundo!

Había descendido a la entraña misma de la tierra, donde servían de lecho a su cuerpo las masas forestales semifosilizadas, los tamarugos pétreos, los algarrobos monolíticos, los molles canteados por invisibles hachas y cuyo eco salía a la superficie a remedar crepitaciones de leña.

Me apretaba el brazo. Desperté. Del este surgía una claridad. A mi lado hablaba el alemán Eckolf. ¿De qué misterioso rajo había salido? Tras el fulgor de su cachimba pude ver sus orejas y presentir una sombra de sonrisa.

—Camarada...



Descubrí a Mr. Boleter por la luna opaca que irradiaba aún la impecable pechera de su smocking. Dormía, afirmado en unos acopios de caliche sin salir de aquel mundo pétreo del cual yo volvía.

La obsesión del alemán rompió aquel silencio:

—¿Ve esa luz? Se enciende... se apaga... Centinela en la torre... ¡pif! ¡paf!... ¡Camarada! Es la guerra...

Su voz se extinguió y de nuevo, a todo pulmón, comenzó a gritar, como si una idea nueva la liberase de la terrible obsesión:

—¡Yo mañana afinó el piano!

Abrió los ojos Mr. Boleter y de su boca se escapó una herejía.